

## ANTROPOLOGÍA DE LAS FORMAS POLÍTICAS DE OCCIDENTE

Fernando Oliván

Escolar y Mayo, Madrid 2017-18

346 págs.

*Antropología de las formas políticas de occidente*, como el propio autor introduce, es la segunda obra dentro de una trilogía sobre el orden político, un proyecto de investigación teórica que inició con *Nueva teoría política*.<sup>1</sup> Sin embargo, los orígenes de este tema debutan mucho antes.

El profesor e investigador Oliván, a quien tuve la suerte de conocer hace más de diez años a través de sus clases, inmediatamente me percaté que su trabajo resultaba absolutamente más amplio y no solo por los aspectos puramente académicos, sino también en su fuerte compromiso social y político refrendado además mediante su última obra, *Lectura radical de la constitución de 1978*,<sup>2</sup> así como por ser sujeto activo de la vida institucional y académica. Ahora bien, si en esa obra la pluma de Oliván abría en canal la realidad política y social que se articula alrededor del texto constitucional español y lo hacía, con un explícito propósito intervencionista y militante, con este nuevo trabajo vuelve a la abstracción filosófica, demostrándonos, una vez más, el carácter versátil de un pensamiento que combina a la perfección la más alta profundidad teórica, junto a un activismo político no exento de sátira, ingenio y sabiduría bien fundamentada como ocurría en aquella obra. Un activismo, dejémoslo claro, no exento de análisis y profundidad crítica.

En cierto grado, si hiciéramos abstracción de ambas obras, también aquí pudiéramos decir que estamos ante una obra de combate, ahora

bien, si aquella lectura radical buscaba romper con los lugares comunes del orden político en la vida ciudadana, esta trilogía, y en concreto este segundo tomo, se plantea esa acción rupturista en el plano de la ciencia. Dicho en breve, estamos, y esto sí que es verdaderamente novedoso en el panorama de las ciencias sociales de hoy día, ante un verdadero proyecto fundacional en continuo movimiento: la creación de los fundamentos de una nueva forma de hacer en la antropología política. Un proyecto que, por su misma naturaleza, entraña, como veremos, una cierta ruptura con la academia.

Afrontar la lectura de esta trilogía, al menos en los dos primeros tomos que ya han aparecido, reclama un espíritu abierto y no carece de riesgos. Sepa el lector que se introduce en un espacio conceptual para el que no nos sirven muchas de las guías y lugares comunes a las que nos tiene acostumbrados la práctica académica de los trabajos científicos al uso.

Anoto tres rupturas sobre las que voy a centrar mi análisis. De entrada, una ruptura en la forma, es decir, en el marco expresivo de la conformación del lenguaje. Frente a la casi forzada asepsia del auto-proclamado lenguaje científico necesitado de datos, el texto de Oliván insiste en hacer del lenguaje un instrumento más allá de la mera función vehicular del pensamiento. Con ello se impone un perfeccionismo en la expresión que hace de la estética una parte insoslayable del mensaje. La calidad del texto, junto a la alta erudición del autor, absolutamente clara en los aspectos literarios, hacen de la obra algo que va más allá de la mera exposición científica. «El estilo es la vida» dijo un célebre historiador francés, reclamando un cierto retorno a la calidad, en un mundillo científico cada vez más sometido a la dictadura de unas formas que han hecho de su “internacionalización” la excusa de su raquitismo y simplonería en muchos casos por

<sup>1</sup> Fernando Oliván, *Nueva teoría política: Para una lectura radical del acontecimiento político*, Escolar y Mayo, Madrid, 2015.

<sup>2</sup> Fernando Oliván *Para una lectura radical de la Constitución de 1978*, Escolar y Mayo, Madrid, 2016.

acción u omisión al servicio de intereses particulares.

También aborda una ruptura en el método. Frente a un enclaustramiento disciplinar, cada vez más exigente y en cierto grado esterilizador, la obra de Oliván deambula, y con enorme seguridad, sobre campos no pocas veces immaculados al enfoque de la teoría política. El análisis literario, la lingüística, la teoría e historia de las religiones, la misma teología –en su sentido más eclesiástico– o el psicoanálisis se vuelcan en esa tarea de analizar las raíces sobre las que se construye nuestro orden político y jurídico. Afortunadamente tampoco en esto faltan antecedentes en autores que ya quedan sobradamente consagrados. Pienso en lo cacofónico que tuvo que sonar, a principios del siglo XX, propuestas como las de Carl Schmitt de su *Teología política*, afrontando el reto de incorporar una disciplina como la teología para el análisis político.

Y tercero: el objeto de estudio. Aquí la desfocalización teórica no deja lugar a dudas sobre el proyecto innovador que pretende el autor. El concepto de *política* se abre a una lectura que rompe con los moldes clásicos sobre los que gravita la disciplina universitaria. El filósofo Gabriel Albiac ya se percató de este proyecto “desestabilizador” en la obra de Oliván comentando, en la Revista *Leer (...)* el primer tomo de la trilogía. Allí nos decía: «Construir un libro de teoría política sin una sola nota a pie de página implica un envite muy alto. Tanto más si se trata -tal es el caso- de una obra de talento y estructura inequívocamente académica... Asombrosamente, el libro funciona (...) y el lector acaba su lectura con la certeza de habérselas visto con una obra sólida, con una obra que posee vida propia».

En este segundo tomo esos temores (o esperanzas, según se mire) se confirman. Estamos ante una propuesta con vocación de abrir una nueva vía en la investigación teórica. Vayamos por partes.

Aunque el índice enumere los capítulos sin una mayor estructura, desde la propia

enunciación de los mismos ya apreciamos la existencia de dos bloques, dos territorios en ese viaje al que nos arrastra la lectura. De entrada, nos aparece una primera parte donde la misma denominación de esos capítulos, «Estética y política», «Los actores políticos», «El discurso político», «Poética de la política», etc., nos remiten necesariamente a un espacio recorrido por las leyes de la estética. Aquí está una de las claves de la obra. Si en el capítulo tercero se anuncian los fundamentos de una teoría del poder político contemplado como flujos (el autor, incluso, nos propone la idea de la electricidad como metáfora), a lo largo de este bloque temático nos acerca a la sustancia misma que materializa esos flujos. Y esta no es otra que el lenguaje. El poder no es así otra cosa que mero lenguaje. Un lenguaje que circula en espacios específicamente articulados para un proceso que se sustancia, así, en el campo específico de la estética. De ahí la importancia primordial que, ya desde el mismo inicio de la obra, se otorga a una instancia a la que se eleva a paradigma radical del acontecimiento político: el teatro.

A lo largo de esta primera parte la política se contempla así bajo las mecánicas desplegadas por el universo teatral, ahora bien, Oliván no reduce en absoluto esta identidad a un mero juego de semejanzas. Política y teatro constituyen una misma realidad y lo hacen desde su nacimiento en el espacio compartido de la *Polis*.

Sin embargo, el propio autor es consciente de los límites de esta identidad. De entrada, ahí está la trascendencia del acto político, dotado de eficacia transformadora, frente a la mera función estética de la actuación teatral. Sin entrar en los conceptos aristotélicos de *katarsis* y entusiasmo que contradicen, en cierto grado, esa nimiedad de la función del teatro, Oliván incorpora un nuevo factor, justo en el marco de la dicotomía que nos propone entre ese mundo de la estética y el mundo de la vida. Nuevamente aquí el teatro vuelve a resultar paradigmático, confronta los espacios articulados por la escena, donde juegan y

deambulan los actores, y esos otros espacios, desde la grada a la exterioridad de sus muros, donde transcurre la vida, y lo hace ya al margen de su sustancia lingüística. Ahí viene a cuento esa segunda parte del libro y donde se ordena esa vida. Capítulos como la guerra, el Estado, la sociedad, o ese último denominado «el bienestar» vienen a darnos la clave.

Dos campos que se articulan en esa teoría del poder. El escenario, donde todo transcurre bajo el orden lingüístico de las palabras, y esa exterioridad mimetizada, a través del foro, en la esencia misma de la ciudad, y que es donde circula la vida. La narración que, recogida de las memorias de Albert Speer nos propone de los últimos días de Hitler en su búnker, como verdadera metáfora de estos dos universos, resulta impresionante.

Nos cabe una última reflexión que, sin embargo, va a estar presente en la misma cabecera del libro como verdadera piedra angular de todo el edificio construido. Ante lo gigantesco del proyecto podría asaltarnos la duda de su misma viabilidad. En definitiva, ¿es posible alcanzar esas raíces últimas de lo político cuya búsqueda se emprende con la obra? Como decimos, tampoco aquí Oliván rehúye la respuesta. Lo hace en esa nota introductoria absolutamente imprescindible para afrontar la lectura. Un texto carente de desperdicio y que, a la consistencia teórica que despliega, añade, como declaración de intenciones, ese marcado acento estético. Con ella dejo al lector –de ahí su posición preliminar– con el propio texto que abre la obra.

«Propongo una metáfora, la del teatro chinesco de sombras. La narración se desenvuelve desde esas sombras que se proyectan sobre la pantalla. Mero juego, pero suficiente para que terminemos creyéndonos la historia. Incapaces de ver las tablas, los objetos, las caras de los actores, solo apreciamos esos contornos que proyecta la luz y que, con su movimiento y cambios, terminan saturando nuestra imaginación. Es cierto que nada encubre la materialidad de las cosas, no hay

ninguna manta ni velo que, como sucede con los estratos de polvo y tierra que cubren las ruinas, nos aleje del pasado. No hay sedimentos que obliguen al trabajo del arqueólogo. A duras penas encubre la animalidad que fuimos/somos ese mero juego de luces que el saber ideológico proyecta sobre nuestros cuerpos. Ahora bien, si nos concentramos atentamente, si renunciamos a seguir las figuras que compone la luz, si adecuamos nuestro ojo a la oscuridad de los segundos planos, en esas esquinas olvidadas por la ideología, en los huecos que reúsa el saber académico, reaparece, de pronto, la densidad de las cosas. Poco a poco empezamos a intuir las formas naturales de una mano, el brillo de algún ojo que antes nos pasó desapercibido, la presencia de un cuerpo oculto en la oscuridad del escenario.

Por eso es en los ladrillos donde se aprecia la fábrica, en los árboles donde está la naturaleza. La perspectiva –esa dichosa razón del saber científico– nos envuelve con su engaño: los árboles desaparecen convertidos en bosque. Creemos arquitectura donde solo hay cartón piedra. De la misma manera, incapaces de mirar el edificio, vemos la institución. El bosque, como las sombras, nos impide ver los árboles».

*Arturo Luque González*

Doctor en ciencias jurídicas y sociales, profesor del área de Administración y Organización de Empresas. Investigador sobre RSE, mundialización y DD.HH. en la Universidad Tecnológica Indoamérica Ambato (Ecuador)